

ante nada; pero si sucumbo, habré caído con honra; y este es el único sentimiento de orgullo que me permito.»

El mariscal añade en la misma carta: «¡Qué siglo, qué año! El mundo está agitado como un mar tempestuoso bajo un cielo negro, y de aquí á fin de año veremos muchas cosas. En cuanto á mí, quisiera un gran golpe, una hermosa victoria, y después un reposo absoluto, completo.» El mariscal obtendrá la hermosa victoria; pero el reposo absoluto ¡ay!, será el de la muerte. Después, pensando en Montalais, su casa de campo de Meudón, y en Malramé, la propiedad de su hermana, exclama al fin de su carta: «¡Ah Montalais! ¡Ah Malramé! ¿Cuándo disfrutaré por completo de vuestra dulce quietud lejos de los negocios, de los cuidados y de los hombres? Pero sin mujeres, querida hermana, pues soy demasiado galante para pensar eso. Si alguna vez puedo volver á verme en medio de mi familia reunida, muy loco será quien pueda separarme de ella.»

Después de tantas vacilaciones y de tan crueles incertidumbres, un rayo de luz iluminará el alma del general. Hallarse al fin ante un objeto claro y determinado y ver al enemigo de frente es su sueño dorado, y este sueño está á punto de realizarse. El anuncio de una enérgica y próxima campaña ha levantado la moral de las tropas; la epidemia ha cesado, y ya no se piensa más que en la victoria. El general Bosquet ha escrito en una orden del día el 19 de junio: «Recuerden todos que para las tropas francesas, la dificultad no está en batir al enemigo cuando ha llegado á su alcance, sino en soportar las fatigas de las largas marchas que preceden al combate. El soldado modelo es aquel que sabe arreglarse y sufrir alegremente la miseria para esperar el día tan deseado de la batalla.» Este día se acerca. La guerra de Oriente se llamará guerra de Crimea.

## XXII

## BIARRITZ

Veamos lo que Napoleón III y la emperatriz Eugenia habían hecho desde el principio de la guerra de Oriente hasta el desembarco de los aliados en Crimea. Nadie imaginaba aún en Francia las espantosas proporciones que la lucha debía tomar; no se había tenido en cuenta el concurso de Austria, y creíase en una paz próxima y gloriosa. La situación se consideraba con tal optimismo, que el emperador había creído poder ausentarse de su capital sin el menor inconveniente para pasar algunas semanas tranquilo en el campo en la extremidad de su imperio, en el departamento de los Bajos Pirineos.

Los baños de mar eran necesarios para la salud de la emperatriz, y ésta eligió para tomarlos un punto que por su proximidad á España le era particularmente agradable, y que puso de moda. Napoleón resolvió acompañar á la emperatriz, que le inspiraba una pasión tan viva como al principio de su casamiento; pero antes fué á Bolonia á fin de pasar revista al cuerpo expedicionario que debía marchar al Báltico á las órdenes del general Baraguey d'Hilliers. Llegó el 11 de julio; al día siguiente pasó la revista, y dirigió á las tropas esta proclama: «¡Soldados, habiéndonos obligado Rusia á la guerra, Francia ha armado á quinientos mil de sus hijos! Inglaterra ha puesto en pie considerables fuerzas, y hoy, nuestras flotas y nuestros ejércitos, unidos por la misma causa, van á dominar en el Báltico como en el mar Negro. Os he elegido para que seáis los primeros en llevar nuestras águilas á esas regiones del Norte, y varios buques ingleses os transportarán, hecho único en la historia, que prueba la alianza íntima de dos grandes pueblos y la firme resolución de ambos gobiernos de no retroceder ante ningún sacrificio para defender el derecho del más débil, la libertad de Europa y el honor nacional.»

La proclama imperial terminaba con estas palabras, llenas de confianza y de entusiasmo: «¡Id, hijos míos! La Europa atenta hace votos, abiertamente y en secreto, para que alcancéis el triunfo. La patria, orgullosa de una lucha en que tan sólo amenaza al agresor, os acompaña también con sus votos ardientes; mientras que yo, á quien los deberes imperiales retienen aún lejos de los acontecimientos, tendré la vista fija en vosotros, y muy pronto al volver á veros, podré decir: Eran los dignos hijos de los vencedores de Austerlitz, de Egipto, de Friedland y de Moskow. ¡Id, y que el Señor os proteja!»



Después de la revista se dió acto continuo un ejemplar de esta proclama á cada uno de los soldados del ejército del Báltico.

El 13 de julio Napoleón III marchó á Calais. A punto de embarcarse el cuerpo de ejército expedicionario francés, la escuadra inglesa, compuesta de un gran número de buques de alto bordo, de fragatas y de corbetas de vapor, había anclado en la rada. Los oficiales de la flota y considerable número de marineros se mezclaron con la población de la ciudad y de los alrededores, así como con una multitud de ingleses llegados para el caso, y aclamaron con entusiasmo al emperador. El 14 pasó revista á las tropas acampadas en los glacis de Calais; después subió á bordo de la fragata *Reina Hortensia* y fué á visitar la escuadra inglesa, que le saludó con todos sus cañones, hallándose los buques empavesados y los marineros en las vergas. Napoleón III subió al buque almirante, donde el comodoro Grey le recibió á la cabeza de los oficiales de la tripulación. Napoleón III volvió después á Calais, de donde salió al punto para ir á Saint-Cloud.

En el *Moniteur* se leía: «París, 19 de julio. SS. MM. han marchado hoy á Biarritz. El emperador acompaña á la emperatriz á los baños de mar, que le han sido prescritos, y regresará en el mes de agosto para tomar el mando del campamento de Boulogne.

»Biarritz, 21 julio. SS. MM. acaban de llegar en muy buena salud; las poblaciones acudían en tropel á su paso y les han saludado con el más vivo entusiasmo.

»22 julio. Ayer noche, el emperador y la emperatriz se pasearon en medio de una apiñada multitud que manifestaba con las más vivas aclamaciones cuánto le complacía la presencia de SS. MM.

»24 julio. Al emperador y á la emperatriz les sienta muy bien, para su salud, la permanencia en Biarritz. Los vascos fueron, con su banda de música, á tocar una alborada en el parque de SS. MM.

»París, 12 de agosto. Como el emperador desea visitar el departamento de los Bajos Pirineos, no regresará á París hasta fin de mes. Por otra parte, la emperatriz está obligada á prolongar su permanencia en Biarritz por causa de su salud.»

La soberana se apasionaba por aquella playa pintoresca, tan bien situada sobre un acantilado del golfo de Gascuña, y cuyo aspecto tiene tanto atractivo y originalidad.

El 14 de agosto Napoleón III recibió en Biarritz la felicitación de la emperatriz por el día de su santo, y la misma noche, en un gran banquete celebrado en París, en el Hotel de Ville, el prefecto, M. Haussmann, se expresaba así: «Señores, en nombre de la ciudad de París tengo el honor de brindar por S. M. el emperador Napoleón III.

»Bajo la égida de S. M. la ciudad de París prosigue con perseverancia y calma, en medio de los acontecimientos que tienen como en suspenso al mundo



El general Baraguey d'Hilliers



entero, la realización de empresas de utilidad pública, que deben contribuir también al esplendor del trono imperial. Se considera feliz y está orgullosa al probar por este notable ejemplo la confianza profunda é inquebrantable del país en la fuerza de sus gloriosas instituciones, en la sabiduría, no menos que en la firmeza del soberano, que le ha devuelto su legítima y decisiva influencia en los consejos de Europa, y que hace brillar de nuevo en Oriente, esa tierra clásica de las grandes luchas de la humanidad, la noble espada de Francia, enemiga de toda violencia inicua, protectora de las causas justas y vengadora del derecho sagrado de las naciones.»

M. Haussmann pronunció después el siguiente brindis:

«¡Por S. M. la emperatriz Eugenia!

»¡Que Dios bendiga al emperador en sus más caras afecciones!

»¡Pueda su augusta compañera, que sabe tener para los niños pobres y enfermos de nuestras ciudades todas las solicitudes de la maternidad, conocer todas las alegrías y felicidades!»

Al día siguiente SS. MM. marcharon á Bayona, esa importante plaza fuerte, situada en la confluencia del Adour y del Nive, á seis kilómetros del golfo de Gascuña y ocho de Biarritz. En su presencia se dijo una misa, seguida de un *Te Deum*, en la catedral cuya fundación se remonta á 1140, pero que, á consecuencia de un incendio, se comenzó á reedificar en 1213. Como el obispo de Bayona felicitase á Napoleón III con motivo de sus días, el emperador le contestó así:

«Monseñor: La costumbre ha querido que hubiese un día del año en que toda nación celebrase la fiesta del soberano. Ante esta manifestación general y las súplicas que se elevan al cielo en toda Francia, deber es del soberano, á su vez, recogerse en sí mismo á fin de saber si ha hecho todo cuanto dependía de él para merecer este concierto de homenajes y de felicitaciones. Deber suyo es también, sobre todo, arrodillarse al pie de los altares para pedir al cielo, por la intercesión de sus sagrados ministros, que bendiga sus esfuerzos, ilumine su conciencia y le dé sin cesar fuerzas para practicar el bien y combatir el mal.

»Mi presencia en Bayona en este día es un hecho que me complace mucho, porque prueba que Francia, tranquila y feliz, no abriga ya esos temores que obligan al jefe del Estado á estar siempre armado y alerta en la capital. Demuestra también que Francia puede sostener una guerra lejana sin que su vida interior deje de ser libre y regular.

»Os doy gracias, Monseñor, por las súplicas que eleváis al cielo en favor mío; pero os ruego que le pidáis también protección para nuestro ejército, pues orar por los que luchan, como así por los que sufren, es también orar por mí.»

La emperatriz oyó estas palabras con una emoción y un placer profundos. SS. MM. se dirigieron después á la alcaldía, en medio de una multitud inmensa; el soberano pasó revista á las tropas, y luego volvió á Biarritz. En Bayona hubo durante el día regatas; por la noche, la ciudad, los cuarteles y todos los

edificios del puerto se iluminaron. A las nueve se disparó un castillo de fuegos artificiales en uno de los baluartes de la ciudadela, de modo que los cohetes se pudieran ver desde la residencia que SS. MM. ocupaban á dos leguas de allí.

Si se quiere formar idea de las adulaciones de que Napoleón III era objeto en aquella época, se puede leer una correspondencia de Bayona publicada en el *Moniteur* del 15 de agosto de 1854, y que comienza así: «La presencia del emperador, que se revela cada día en la capital por tantos beneficios y felices mejoras, siempre es fecunda en resultados útiles para las ciudades que tienen la dicha de recibir la visita del soberano. Grandes trabajos perpetuarán el recuerdo de la estancia de Sus Majestades en este punto en 1853. El año 1854 no será menos feliz para Bayona y Biarritz. Los habitantes de este país no olvidarán la conmovedora bondad de la emperatriz, su benevolencia, llena de gracia y de encanto, y su caridad inagotable para todos los infortunios.»

El corresponsal del diario oficial, tomando un tono ditirámico, añadía: «Los que tienen la dicha de ver al emperador en sus paseos; los que notan ese género de vida, tan tranquila al parecer, que el soberano observa en Biarritz, no pueden menos de experimentar un profundo sentimiento de admiración y de respeto al pensar que allí, en aquella morada imperial, notable tan sólo por su elegante sencillez, se ventilan sin ruido ni agitación exterior los graves asuntos de Francia y de Europa, y que de allí parten esas resoluciones que engrandecen diariamente á Francia, lo mismo ante sus amigos que ante sus enemigos.»

La correspondencia terminaba con esta apología del segundo Imperio: «Diez y ocho meses han transcurrido desde el restablecimiento del Imperio, y ya en esta Francia, demasiado largo tiempo agitada, la calma ha renacido y la autoridad se ha considerado de tal modo, que el emperador puede, á doscientas leguas de su capital, dirigir por su alta y poderosa voluntad todos los negocios del país sin que su marcha se entorpezca, sin que ningún interés se resienta, sin que ninguna resolución se haga esperar.

»¿Y en qué momento vemos realizarse esa acción de un poder fuerte y nacional? ¡Cuando en el Norte y en el Mediodía, en Roma, en Atenas, en Constantinopla, en el mar Negro y en el mar Báltico, ondea la bandera de Francia, cuando nuestra diplomacia habla en tan hermoso lenguaje y desempeña tan gloriosa misión!

»¡La voluntad que dirige esas flotas, esas negociaciones; la fuerza que imprime movimiento á todos esos resortes, se halla en una de las extremidades de Francia! Y bajo el impulso de su voluntad, bajo la acción de esa fuerza poderosa, todo se mueve, todo marcha hacia el objeto gloriosamente perseguido. ¿Qué más hermoso elogio se puede hacer de aquel que en tan poco tiempo ha creado tan sólida organización, y cuya mano firme regula todos los movimientos?»

Evacuados por los rusos los principados danubianos, habían sido reemplazados por los turcos. La vanguardia otomana había entrado en Bucharest el 5 de agosto, y el 19 un telegrama de Dantzic transmitió una noticia favorable. El cuer-



po expedicionario francés se había apoderado en el Báltico del archipiélago de Aland; la fortaleza de Bomarsund se tomó, y el 20 de agosto el emperador dirigió desde Biarritz esta proclama á sus tropas de Oriente: «¡Soldados y marinos del ejército de Oriente! Sin combatir aún habéis obtenido ya un brillante éxito, pues vuestra presencia y la de las tropas inglesas han bastado para obligar á los rusos á repasar el Danubio..... El primer cónsul decía en 1799: «La primera cualidad del soldado es la constancia para soportar las fatigas y las privaciones; el valor no es más que la segunda.» Habéis demostrado hoy la primera. ¿Quién podría negaros la segunda? Por eso vuestros enemigos, diseminados desde Finlandia hasta el Cáucaso, buscan con ansiedad el punto á que Francia é Inglaterra dirigirán sus golpes, los cuales prevén que serán decisivos, porque el derecho, la justicia y la inspiración guerrera están de nuestra parte.

Bomarsund y mil doscientos prisioneros han caído ya en nuestro poder. Soldados, seguiréis el ejemplo del ejército de Egipto; los vencedores de las Pirámides y del Monte Tabor debían combatir también, como vosotros, contra soldados aguerridos y las enfermedades; mas á pesar de la peste y de los esfuerzos de tres ejércitos, volvieron honrados á su patria.

«¡Soldados, confiad en vuestro general en jefe y en mí! Velo por vosotros y espero que, con ayuda de Dios, muy pronto disminuirán vuestros padecimientos y aumentará vuestra gloria.»

El 27 de agosto, después de visitar la ciudad de Pau, Napoleón III abandonaba Biarritz, dejando allí á la emperatriz, y volvía á París.

## XXIII

## BOULOGNE

Habiendo salido de París el 31 de agosto de 1854, Napoleón III llegó á Boulogne-sur-Mer á las ocho de la noche del mismo día y se alojó en el hotel Brighton. Las casas estaban empavesadas; banderas inglesas y francesas flotaban en las ventanas, y las mujeres é hijas de los marineros del puerto llevaban su traje tradicional.

El 2 de septiembre el rey de los belgas Leopoldo I y su hijo mayor el duque de Brabante, que hoy reina en Bruselas bajo el nombre de Leopoldo II, fueron de Ostende á Calais, adonde el emperador marchó también para recibirlos. Los vapores llegaban continuamente de Inglaterra con una multitud de viajeros deseosos de asistir á la entrevista de los dos soberanos. Después de descansar algunos momentos, Napoleón III, el rey Leopoldo y el duque de Brabante fueron conducidos á bordo del yate imperial *Reina Hortensia*. El emperador quiso hacer por sí mismo á sus huéspedes los honores de este barco que, después de conducir al Báltico al general en jefe del ejército expedicionario, había vuelto con el informe relativo á la toma de Bomarsund. Los marineros estaban en las vergas y los pabellones de Francia y de Bélgica flotaban en lo alto de los mástiles.

En la mañana del 3 de septiembre los dos monarcas se trasladaron de Calais á Boulogne en coche descubierto de cuatro caballos. Los soberanos, vistiendo el uniforme de general y llevando, uno el gran cordón de la Legión de Honor, y el otro el de la Orden de Leopoldo, ocupaban el fondo del carruaje, y el duque de Brabante, con uniforme de coronel de granaderos, ocupaba el asiento anterior. El emperador pasó todo el día con sus huéspedes, que marcharon á las seis de la tarde, y á quienes acompañó hasta el buque en que se embarcaron. La entrevista había sido de las más cordiales.

El 4 de septiembre Napoleón III recibió la visita de dos jóvenes príncipes simpáticos y bien parecidos, uno de los cuales, ya rey de Portugal, debía morir prematuramente en 1861, siendo reemplazado en el trono por el otro. Eran el rey Pedro V y su hermano Luis, duque de Oporto. Muy bien acogidos por el emperador, visitaron con éste el campo de de Honvault y se despidieron ya de noche.